

de su triunfo; marchaba sobre sus laureles como el héroe acostumbrado á conquistarlos; casi no reparaba en ellos. Por su parte, Puentereal no se sentía tan modesto, y no ocultaba la satisfacción de poseer la intimidad de aquel hombre original y extraordinario.

Entre tanto, el mundo, el verdadero mundo, el mundo de los placeres, de las intrigas, de las disipaciones, de las locas vanidades y de las pueriles ambiciones, el mundo de las cintas y de los lazos, de la *toilette*, del *ménu*, del *comfort* y del *sprit*; el mundo de las carreras de caballos y de las corridas de toros; el mundo sensible de la filantropía *dansant*, se hallaba loco de contento; parecía que había encontrado á su hombre.

Como se ve, los dos amigos se encontraban en espectáculo, siendo á la vez el platillo de las conversaciones; la comidilla de las grandes comidas, el objeto de los cálculos de unos, de las conjeturas de otros y de la expectación de todos. Eran las dos novedades del día, los dos problemas del momento.

Elias se sonreía interiormente, pensando que el autor de tanto ruido no era, en resumen, más que el hijo de su nodriza.



## VIII.

## EL ORÁCULO.

**S**IN embargo, Puentereal no tenía grandes motivos para reirse interiormente del ruido que producía en el mundo el hijo de su nodriza, porque, quieras que no quieras, valiéndose del poder de su extraño influjo, lo había metido en un paso que, en verdad, no presentaba los mejores auspicios. Su situación era mucho más comprometida que cuando se hallaba simplemente arruinado. Hasta entonces no había hecho más que disipar el patrimonio de sus padres en los placeres y en los vicios del fausto, dejándose arrastrar por todas las seducciones del mundo; pero ahora se encontraba frente á frente de su palabra; más aún: de su firma comprometida con el padre de la hermosa Celia, en la friolera de cincuenta millones de



reales que no poseía, y á mayor abundamiento se hallaba metido en una jugada en falso, que él mismo no tenía inconveniente en llamar estafa.

No era la virtud ofendida la que levantaba en su conciencia el escozor de los remordimientos, porque el mundo, no solamente le había de dar sus riquezas, sino también de todas las virtudes; pero, vamos, aún le quedaba cierto sentimiento de honor que agitaba sus pensamientos, y era como el último resto de vergüenza que aparecía en la faz de su alma.

Si la suerte le era favorable, envidiaría su audacia; mas si le era adversa, no podría ocultar su ruína y su infamia, y el mundo es implacable con los malvados sin fortuna... y Celia... ¡ah!... Celia lo despreciaría; y era el caso que la Bolsa empezaba á pronunciarse en *alça*, y la terrible liquidación se acercaba.

Baal le había prometido enormes ganancias, porque él sabía que un acontecimiento imprevisto haría bajar repentinamente todas las Bolsas de Europa; jugaba, pues, sobre la seguridad de esta catástrofe. Pero bien... ¿quién era Baal?... Indudablemente el hijo de su nodriza; mas el hijo de su nodriza, dueño de un prestigio extraordinario. Cualquiera que fuese la humildad de su origen, aparecía como un ser fantástico, dotado de una inteligencia pasmosa; poseía todos los secretos, y descubría los más ocultos

designios con penetración increíble; podía creerse que era dueño de toda la ciencia del mundo.

Bueno; pero el acontecimiento previsto por Baal podía desvanecerse en las oscuras contingencias de lo futuro; podía, cuando menos, retardarse, y aun podía ser que la Bolsa, á pesar del desastre, continuara subiendo, porque en estos tiempos de prosperidades, hasta las catástrofes se convierten en manantiales de riqueza pública. En tal caso, todo estaba perdido.

Discurriendo así, comprendía que había partido muy de ligero, dejándose seducir por las promesas de Baal; y el terror de verse á la vez doblemente arruinado y además envilecido, le presentaba al hijo de su nodriza como á un simple aventurero que se lanzaba á una jugada inaudita, sirviéndole él de instrumento. El bolsillo del misterioso *yankee* podía estar tan exhausto como el suyo, y si el negocio salía bien, le pediría la mitad de las ganancias, y si fracasaba, se lavaría las manos, diciendo: «He ahí la víctima.»

Estas imaginaciones agitaban su espíritu, poniéndole en el caso del hombre á quien se puede ahogar con un cabello. El mismo Baal le había enseñado á desconfiar de todo, abriendo en su alma un abismo de malicia.

Lleno de recelos, resolvió consultar sus temores con Baal, obligándole á dar respuestas ter-



minantes. Si tan seguro estaba del éxito de la operación, ¿por qué no lo aseguraba con garantías más sólidas que las de sus palabras?... Decidido á provocar una conferencia, en la que quedaran bien atados todos los cabos del negocio, se dispuso á salir en busca de su oráculo. Pero al abrir la puerta de su gabinete retrocedió, porque la puerta se abrió de repente, dando paso á Baal, que entró, diciendo:

—No dirás que te abandono en los momentos solemnes; ibas á buscarme, y yo salgo á tu encuentro. Sí (añadió, mirándolo fijamente): el negocio en que estás metido es redondo; no tiene el diablo por dónde desecharlo; juegas como el tahir que ha visto la carta á un descuido del banquero. El dinero de los demás es tuyo. Han caído en el garlito, y los vas á desplumar uno á uno.... He ahí el negocio.... Pero antes de que llegue la catástrofe es preciso que mires frente á frente la realidad de las cosas. Caen la noticia del desastre lo mismo que cae un rayo; la Bolsa experimenta un descenso desastroso; la liquidación está encima, y las diferencias son espantosas. ¿Qué sucede?... La cosa más natural del mundo: ruínas, quiebras, lágrimas, miseria, desesperaciones y algunos suicidios.... Ese es el cuadro que se te ofrece: esa es tu obra.... En cambio recoges cincuenta millones que no tienes, y te aseguras la mano de tu hermosa Celia. Elige.

Eliás vaciló, como si hubiese recibido un golpe tremendo en la cabeza, y dijo con voz sorda:

—Es tarde.

—No es tarde (replicó Baal). Renuncia á las ganancias, huye de Celia, condénate al deshonra de la pobreza, y busca en la ignominia del trabajo el amargo sustento de tu vida.

—¿Quién sabe! (exclamó Eliás.) ¿Posees tú los secretos de lo por venir?... ¿Tienes tú en tu mano la catástrofe que ha de devolverme mi perdida riqueza?... Además (añadió), juego, y gano. He ahí todo.

—Lo sé (le contestó Baal). Desconfías de mí, y buscas en tu desconfianza excusas con que acallar los sobresaltos de tu conciencia. Tienes miedo de ser ingenuo contigo mismo. Juegas y ganas, porque has jugado con la seguridad de la ganancia; pero no quiero dejar ni ese recurso á tu egoísmo. Te he prometido riquezas, y las tendrás; te he prometido á Celia, y Celia será tuya. Ahora voy á descubrirte el secreto en que estriba la prosperidad que te espera. Tú mismo te vas á revelar el arcano.

Diciendo así, extendió sobre la mesa un pliego de papel, sacó luego una cartera con broches de oro, y puso en manos de Eliás un lapicero de marfil, cuyo mango representaba la figura de una serpiente; la lengua del reptil era el lápiz, y el lápiz era rojo, de color de sangre; la



cola de la serpiente subía formando ligeras ondulaciones.

—Siéntate! (le dijo el *yankee*); reconcentra tu pensamiento, pregúntate á ti mismo, y deja á la mano que escriba.

—¡Ah! (exclamó Elías.) ¿Eres *espiritista*?

—Es lo mismo (añadió Baal). ¿Qué te importa el nombre?... ¿No eres tú mismo el que vas á contestarte?... ¿No es tu propia mano la que va á responder á tus preguntas?... ¿No te darás crédito á ti mismo?

Dicho esto, se apoyó en el respaldo de una butaca, y las dos llamas de sus ojos se lanzaron como dos saetas sobre la cabeza de su amigo, que se hallaba inclinada sobre la mesa.

Transcurrieron algunos instantes de inmovilidad y de silencio; la luz que iluminaba la estancia se oscureció, velada por una sombra repentina, y cruzaron por el ambiente ráfagas de aire frío; la mano de Elías vaciló sobre el papel, y luego el lápiz comenzó á moverse entre sus dedos y á correr de un extremo á otro, dejando las rojas señales de su paso.

Sobre la frente de Elías giraba en movimiento incesante un torbellino de billetes de banco, y á sus pies sonaba un ruido subterráneo, semejante al que produciría, al correr, un río de monedas de oro.

Estallaban en medio del silencio suspiros aho-

gados y carcajadas comprimidas; la sombra que oscurecía la estancia aparecía surcada por luces fugitivas que volaban de un punto á otro como los fuegos fatuos de los cementerios, y llegaban allí ecos lejanos de notas confusas, gritos y cánticos, lamentos y risas que se acercaban y huían, y perfumes desconocidos que embriagaban, encendiendo la sangre en el fuego de todas las concupiscencias.

La inmovilidad de Elías era completa; bañaba su semblante la palidez de la muerte, y se descubría en su cuerpo la rigidez de un cadáver; sólo la mano derecha daba señales de vida; pero en sus movimientos se advertía que se hallaba bajo el poder de una voluntad extraña. Se agitaba sobre el papel movida por un resorte oculto, como si otra mano invisible la obligara á moverse.

—Basta, —dijo Baal con acento imperioso.

Á la voz del *yankee* se desvanecieron los accidentes fantásticos del cuadro que acabo de bosquejar, ni más ni menos que desaparecen las decoraciones de los teatros en las comedias de magia. La voz de Baal deshizo el encanto, y Elías miró á su alrededor con el asombro del que despierta de un sueño profundo. Parecía que sus ojos habían perdido la memoria de los objetos que le rodeaban, y hacía esfuerzos por recordarlos.



Baal le puso la mano sobre el hombro, diciéndole:

—Tú mismo has sido tu propio oráculo. Los hados (añadió con desdeñosa sonrisa) te son propicios. Tu mano es la que ha escrito el fallo de tu destino.

El lapicero se escapó entonces de la mano de Elías, y se escurrió sobre la mesa como la vibora que huye después de haber mordido.

Baal tomó el papel en que permanecían grabados los rasgos cabalísticos de aquella diabólica nigromancia, y poniéndolo delante de los ojos de Elías, le dijo:

—Lee. Ahí tienes la suerte que te espera. Así me porto yo con mis amigos.

Puentereal clavó en el papel sus miradas atónitas, reconoció su letra, y leyó, marcando con el movimiento de los labios las sílabas que mortalmente pronunciaba.

—¡El Banco Universal (exclamó restregándose los ojos) suspende sus pagos!...

—Eso es. Quiebra horrorosa, que va á conmovér al mundo. Ya no se roba en las encrucijadas de los caminos; se roba más ilustradamente en las encrucijadas del crédito.... Es la quiebra del siglo, el gran desastre.... *la mar*, mi querido Elías; *la mar*, en la que vas tú á pescar cincuenta millones, sin más trabajo que tender la red.

—¡Oh! (exclamó Elías, poseído á la vez

de admiración y de espanto.) ¿Quién eres?....

—Yo (contestó Baal secamente). ¿Te aterra acaso la prosperidad que te ofrece tu destino?.... El lodo es oro.... ¿No lo sabías? Pues bien: aún puedes retroceder.... Una palabra, y se cerrará en el acto el abismo de tu fortuna.

Elías permaneció silencioso algunos instantes; después sacudió la cabeza con arrogancia, y apretando los puños para dar más energía á sus palabras, dijo:

—Mi suerte es mía; juego, y gano.

—¡Bravo!.... (exclamó Baal.) Al fin nos entendemos.

Y estrechando la mano de Elías, desapareció, dejando en los ojos de su amigo el deslumbramiento que produce el relámpago.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
México, 1825 MONTERREY, MEXICO





IX.

DESASTRE.

**Q**uando en este siglo de las dichas y de las prosperidades no ocurre cosa buena, ó el telégrafo ha dedicado su pasmosa actividad á esparcir por el mundo las malas noticias. Sin duda alguna el invento es admirable, y facilita prodigiosamente la comunicación anónima entre los hombres. Pero es el caso que un despacho telegráfico cae en el seno de la familia como una bomba. Desde el momento en que se anuncia, la casa se conmueve y la inquietud se pinta en todos los semblantes.... Nadie espera que dentro de aquel sobre, casi transparente, se oculte una noticia favorable, y en un momento acuden á la imaginación todas las desgracias posibles y se temen todas las probables. Delan-



te de un despacho telegráfico, el temor sobrepuja siempre á la esperanza.

Resulta que lo contenido en el despacho es una simple impertinencia, un aviso inútil, una recomendación intempestiva, una felicitación inesperada ó un percance trasnochado; y aun puede suceder que sea el anuncio de un suceso favorable.... Muy bien: los ánimos se serenán, las inquietudes se disipan, y la familia vuelve al habitual reposo de la casa. Perfectamente; pero entre tanto, el sobresalto sufrido no hay quien lo quite.

Esto, por lo menos, induce á presumir que, en medio del abandono y de la confianza que mostramos, vivimos con el alma en un hilo. Porque, ¡ya se ve!, los tiempos son prósperos, la vida se halla rodeada de atractivos; nunca ha sido más risueña la estancia del hombre sobre la tierra; la ciencia trae portentos; el comercio maravillas; la industria prodigios.... En realidad, no tenemos bastante boca para admirarnos. Mas la voz fatídica del telégrafo, hablando en su media lengua, puede llegar de un momento á otro, en el instante más inesperado, y decir con ruda franqueza: «Señores: el mundo acaba de hundirse.»

Por lo demás, nada hay más fantástico que esa hoja de papel medio impresa y medio manuscrita, en la que todo es oficialmente autén-

tico menos la persona que en ella habla. Es el anónimo oficial, que no ofrece más fe que la fe del aparato, porque la autoridad de sus palabras nace de él mismo; el hombre casi desaparece detrás de la máquina encargada de transmitir las palabras. No concedemos á los hombres bastante crédito para creerlos al pie de la letra; pero sea lo que quiera, la especie que circula será auténtica si ha salido de la cinta del aparato. Lo ha dicho el telégrafo. ¿Sí? Pues bien: punto redondo.

Con toda la fuerza de esta autoridad llegó de París la tremenda noticia de que el *Banco Universal* había suspendido sus pagos. La especie corrió tan rápidamente de boca en boca como había corrido por los hilos del telégrafo. La consternación fué súbita y profunda, y los fondos públicos bajaron inmediatamente, sin consideración ninguna á la angustia de los jugadores.

Asimismo anunció el telégrafo la conmoción que el suceso había causado en todas las Bolsas de Europa. Y lo más terrible del caso era que no había tiempo para reparar los estragos de aquel golpe imprevisto, porque la Bolsa, sorprendida, seguiría bajando, y sólo faltaban cinco días para la liquidación. Los ojos aterrados de los jugadores veían una ruína inevitable.

En cambio el nombre de Puentereal subía en



alas de la fama, siendo á la vez objeto de celebridad y de envidia.

— ¡Qué hombre!.... ¡qué ojo!.... ¡qué perspicacia!....

Otros exclamaban:

— ¡Qué audacia!

Otros:

— ¡Qué astucia!....

Otros:

— ¡Qué fortuna!....

El mismo Baal apareció eclipsado. El Banquero, zorro viejo en negocios y operaciones bursátiles, se encogía de hombros, fruncía enérgicamente la boca, y daba media vuelta, exclamando:

— No lo entiendo.

La Bolsa seguía en *baja*, porque las noticias eran cada vez más pavorosas.... La verdadera causa del desastre era todavía un misterio, y acaso lo sería siempre; pero así como cuando tropezamos volvemos la cabeza para ver el obstáculo que nos ha servido de tropiezo, los *alcistas* volvían los ojos atribulados en busca de la mano invisible que había preparado la catástrofe. No se resignaban á arruinarse sin saber por qué se arruinaban. ¡Cómo!.... ¡habían visto su carta *en puerta*, y al volver la baraja aparecía la contraria! Esto era para ellos increíble. ¡Estaban seguros de desplumar á Puentereal, y de la

noche á la mañana se encontraban ellos desplumados! Ni siquiera les había acometido el temor de que Puentereal faltara á sus compromisos, á título de insolvente, porque en sus locas esperanzas creían á pie juntillas que pagaría á toca teja las diferencias de la jugada, y los más suspicaces se guiñaban el ojo, presumiendo que el Banquero podía muy bien estar detrás de la cortina.

En un momento la seguridad de los cálculos venía por tierra, las esperanzas se desvanecían como el humo en el aire, y las ganancias se convertían en pérdidas. ¡Y todo, por qué? Porque el *Banco Universal* había quebrado.

Á este punto, origen de la catástrofe, volvían los ojos, sin acertar á explicarse cómo un establecimiento de tan inmenso crédito había llegado al desastroso extremo de suspender sus pagos. Semejante contingencia estaba fuera de todas las previsiones.

— No, nó (replicaban algunos). Ha debido preverse. Un Banco es un establecimiento de crédito, y el crédito, en resumen, no es más que los ceros que dan valor á la unidad. La unidad es el capital verdadero, y el crédito el capital imaginario. Se parte del falso supuesto de un capital que no existe. Es un artificio cuya magia deslumbra; pero que un soplo de viento adverso disipa el encanto, y todo se lo llevan



los demonios... ¿Qué Banco no está expuesto á una catástrofe? Esto debió haberse previsto.

—Á nadie (decían otros) le hubiera ocurrido la sospecha de que el *Banco Universal* quebrara. Era más fácil temer que la tierra se abriese y nos tragase. Lo que hay es que esa quiebra, según lo que se trasluce, es valor entendido.

—¡Valor entendido!....

—Ni más, ni menos.

—Pero..... ¿cómo?....

—El Banco lo fundaron con propósito de hacerle quebrar: ese era el gran negocio de sus operaciones.

—¡Una quiebra fraudulenta!....

—¿Por qué no?

Cada uno explicaba á su modo el caso, como si de esa manera consiguieran mitigar la terrible realidad del hecho. Se hicieron esfuerzos inauditos para contener el descenso de los valores públicos; pero la Bolsa, aterrada, siguió bajando. Se apeló al último recurso, proponiendo á Puentereal una negociación que hiciera menos sensible el estrago del desastre; pero Puentereal se negó á todas las negociaciones. Estaba resuelto á cobrar hasta el último céntimo de sus ganancias. Semejante á un general victorioso, había decidido no dar cuartel: todo lo llevaba á sangre y fuego.

Y la Bolsa bajaba, bajaba sin misericordia.

Llegó el día pavoroso de la liquidación, y un río de oro empezó á entrar en la casa arruinada del futuro yerno del Banquero. Las fianzas de algunos agentes de Bolsa se hallaban gravemente comprometidas, porque no todos los *alcistas* habían jugado en *firme*. Pero Puentereal se encojía de hombros, diciendo:

—No es justo que pague mi bolsillo las imprevisiones de los agentes.

Luego añadía:

—Los negocios no son juegos de niños. La falta de buena fe es una inmoralidad, y á nadie le es permitido jugar en *falso*.

Semejantes respuestas no admitían réplica, y los estragos no se hicieron esperar. Entró la desolación en muchas casas, y varias familias se vieron repentinamente arruinadas; desaparecieron algunos jugadores, buscando en países lejanos suerte más favorable, y los periódicos registraron en aquellos días dos ó tres suicidios. Pero pasó la mala hora; á las víctimas se las tragó la mar-del olvido, y Puentereal se levantó en la admiración del mundo cincuenta codos sobre sí mismo: el calavera acababa de dar un golpe de genio. El loco de los salones se convertía de pronto en un pájaro de mucha cuenta.

No todos le concedían el insigne honor del éxito, porque atribuían al padre de Celia todo el mérito de la jugada. Puentereal no había sido



más que el instrumento del astuto Banquero. Conocía, por lo visto, la peligrosa situación del *Banco Universal*, y su futuro yerno, loco de atar y completamente inexperto en el *teje maneje* de la Bolsa, era muy á propósito para tentar la codicia incansable de los jugadores. Como las moscas á la miel, acudirían á repartirse los millones que les prometía una ganancia segura. Así, sin alarmar á los alcistas con la reputación bursátil de su nombre, les tendía la red, quedándose detrás de la cortina.

Fuera de estas murmuraciones, que se permitían los más perspicaces, la opinión pública, el hervidero de la gente que va donde la llevan, y repite lo que le dicen, y se agita cuando la agitan, y se calma cuando la calman; ese maniquí de cien mil bocas y doscientos mil brazos, que está fantásticamente en todas partes y realmente en ninguna, encontraba en Puentereal el hombre del día, se inclinaba á su paso y le tributaba el incienso de su admiración, exclamando:

- ¡Qué fortuna!
- ¡Qué audacia!
- ¡Qué astucia!
- ¡Qué genio!

Y Puentereal recogía al paso estos homenajes con la misma mano que había recogido los millones de su ganancia.

El desastre era su gloria.



## X.

## LOS DICHOS.

**L**ARO está que la perspectiva de la boda se puso de nuevo sobre el tapete, renaciendo, como el fénix, de sus propias cenizas. Y esta vez las noticias no eran meramente oficiosas, sino realmente oficiales. Estaba ya fijado el día en que la hija del Banquero y Elías Puentereal quedarían unidos para siempre: el día señalado era el 20 de Enero. Ante la felicidad conyugal que esperaba á los próximos esposos, ¿quién había de acordarse de los estragos causados por la quiebra del *Banco Universal*? Las multitudes son como los espejos; no reflejan más que la imagen que tienen delante.

En cuanto á Puentereal, estaba loco de contento, en razón á que Celia mostraba impaciencia, descubriendo el afán con que deseaba unirse al hombre que le estaba destinado; y este dichoso mortal saboreaba las delicias de aquella



tierna impaciencia, y contaba los días, haciendo el inventario de los encantos personales que adornaban á la hija del Banquero: encantos en cuyo atractivo no había reparado hasta el día en que creyó que iba á perderla.

Desde aquel momento experimentó, como el impulso de una corriente eléctrica, una especie de inclinación particular de todo su ser hacia la hija del Banquero. En su presencia sentía vaga embriaguez. Sus miradas le causaban ligeros estremecimientos, y el timbre de su voz penetraba en el alma de Puentereal como anuncio de delicias desconocidas. Sus ojos, sus oídos y sus pensamientos, estaban llenos de la imagen de Celia, y se complacía en abandonarse al vértigo que le causaba el abismo de sus deseos.

En realidad, la hija del Banquero no pasaba en el mundo por una gran belleza. Un artista medianamente severo en punto á dibujo, habría encontrado bastante que corregir en los detalles de su figura. Menos boca, más finura en los labios, un ligero toque en la línea de la nariz y una frente algo más despejada, hubieran embellecido mucho el conjunto de su semblante. La idea que el Arte ha concebido respecto á la belleza propia del rostro de una mujer, exigiría probablemente que desapareciera del labio superior la sombra casi imperceptible que lo oscurecía. En cuanto al resto de su persona, sólo se habría

permitido suprimir la excesiva voluptuosidad de los movimientos, sin saber qué hacerse de la palidez habitual de su tez aterciopelada.

En cambio, encontraría intachables las sombras de sus ojos negros, medio dormidos y casi apacibles, que á lo mejor se despertaban iluminados por rayos de luz abrasadores. Tal vez un gusto exquisito encontrara demasiado enérgicas las líneas de sus pobladas cejas, y un tanto borrascosa la negra abundancia de sus cabellos, que se revolvían sobre su frente, no en ondas, sino en olas, como las de un mar tempestuoso. Ella misma debía comprender que eran algo gruesos sus labios, porque los entreabría con frecuencia para dejar ver unos dientes menudos y blancos como la nieve.

La expresión, que es el alma de la fisonomía, resultaba dura, y la mirada demasiado firme; pero tenía momentos esplendorosos de una dulzura indefinible.

Tampoco se le daba en el mundo grande importancia á su talento, aunque no dejaba de tener ideas originales: sus gustos solían romper las leyes dominantes de la moda, descubriendo en sus extravagancias la más soberana independencia.

Se distinguía más por su riqueza que por su hermosura, y su talento, sin embargo, tenía mucho partido entre los *camastrones*, y para ellos era una mujer temible.



Puentereal se sentía subyugado por el imperio de sus encantos, y estaba seguro de que iba á casarse con la mujer más bella del mundo. Es decir, que la dicha le sonreía por todas partes. ¿Qué más podía pedirle al poder de su destino? Su ruína se convierte de repente en prosperidad, y Celia, hasta entonces indiferente á sus ojos, se transforma como por encanto en la imagen de la misma Venus. Un río de oro y un mar de delicias se le entran por las puertas cuando menos lo esperaba... ¿Se envidiaba á sí mismo?... ¡Quién sabe!

Sólo faltaba á su felicidad la realización de las maravillas anunciadas en las fiestas de la boda. Pero, ¡ya se ve!, lo crudo de la estación hacía imposible el cumplimiento del programa esparcido por la voz pública. La quinta ofrecía residencia comfortable á numerosa concurrencia; pero el frío y la nieve los tendría á todos metidos en casa, detrás de los cristales empañados por el hielo, al amparo de las estufas, y bostezando soñolientos al calor de las chimeneas; los días se harían insoportables y las noches eternas; la concurrencia acabaría por aburrirse. Era, pues, preciso renunciar á las fiestas, ó aplazar la boda hasta la primavera.

Celia resolvió la dificultad, preguntando:

—¿Á qué esperar á la primavera?

Llegó el día 20 de Enero, día nublado y os-

curo, en que la noche tuvo que hacer muy pocos esfuerzos para enlutar la tierra; en cambio los salones del palacio del Banquero se iluminaron como un día que amanece. Y, en verdad, si no se había esperado á la primavera, se la había hecho venir para el uso particular de aquella casa, porque, desde que se ponía el pie en el gran pórtico del palacio, se empezaba á respirar el aire tibio y perfumado de la primavera. Mayo estaba allí, de puertas adentro, con todo su esplendor de luces, ramos y flores, mientras el invierno, embozado en la oscuridad de la noche, se quedaba en la calle tiritando de frío.

Por la gran escalera, ricamente alfombrada, abrían paso á la concurrencia dos series de naranjos y rosales, que, subiendo de peldaño en peldaño, ofrecían el perfume del azahar y la esencia de la rosa. Por aquella escalera se subía indudablemente al Paraíso.

Pronto se llenaron los salones, y comenzó á circular por ellos la sociedad más escogida del gran mundo, formando ese rumor que tanto se parece al vuelo de un enjambre de abejas.

Este rumor se apaciguó por un momento, y atravesó la concurrencia Celia, asida al brazo de Baal, que la conducía majestuosamente al salón donde debía firmar los contratos.

Celia, en aquel momento, pareció hermosa á



todos los circunstantes, quizá porque, en efecto, la emoción la embellecía, quizá porque desde aquella noche iba á ser la fruta del cercado ajeno. Ello es que pareció hermosa, y que, al atravesar los salones, dejó en pos de sí murmullos de aprobación.

Antes de llegar al gabinete en que debía firmar el contrato de su matrimonio, se encontró con Puentereal, y á un mismo tiempo Elías, Baal y Celia se sonrieron.

Después de tomados los dichos, comenzaron á circular los sorbetes, los dulces y las conversaciones, sin que la concurrencia perdiese la actitud ceremoniosa que había observado desde un principio.

La envidia es la tristeza del bien ajeno, y allí habría naturalmente envidiosos de la dicha de Puentereal y envidiosas de la dicha de Celia. Así es que al celebrar el suceso que tenía allí reunida tanta gente, no era el regocijo lo que más resplandecía en los semblantes; hasta las murmuraciones propias del caso, que á media voz circulaban entre los convidados, carecían de esa viveza, de esa espontaneidad y de ese desenfado que forman la índole de nuestro carácter y el genio de nuestra lengua. No se sabe qué especie de atmósfera triste se hallaba esparcida por los salones; había allí algo fúnebre, y aun algo tempestuoso, porque el gas que iluminaba el

palacio padecía frecuentes interrupciones, que parecían relámpagos, y el rumor de las conversaciones resonaba sordo y profundo como el eco prolongado de truenos lejanos.

En una palabra: el aspecto de la fiesta no respondía á los risueños auspicios de la boda.

Poco á poco los concurrentes se fueron deslizando, y el cordón de coches formado alrededor del palacio empezó á deshacerse.

Los últimos convidados, al tomar sus coches en el pórtico, se encontraban con que estaba cayendo una copiosa nevada.

— Bien (dijo uno de ellos); la fiesta ha sido tan fría como la noche.

Otro se embozó hasta los ojos, añadiendo:

— Más parece que hemos asistido á un entierro que á una boda.

Un tercero, aficionado al retruécano, entró en su coche, diciéndose á sí mismo:

— Ya hemos visto los dichos; allá veremos los hechos.

Al día siguiente, circuló una frase anónima algo fantástica, que hizo fortuna por algunos días.

He aquí la frase:

«La sombra de las ruínas causadas por la suerte de Puentereal ha presidido el duelo de su boda.»

